

“El Museo de Copias o la odisea de Alberto Mackenna”

en Santiago: Revista Revista Pluma y
Lápiz n° 43,
18 de septiembre de 1901
páginas 20-21

Digitalizado por Memoria Chilena

N° de Registro Memoria Chilena: MC0058090

Ubicación:

http://www.memoriachilena.cl/temas/documento_detalle.asp?id=MC0058090

Número 43

Setiembre 18 de 1901

Pluma y Lápiz

Director: Marcial Cabrera Guerra



18 DE SETIEMBRE

EL MUSEO DE COPIAS

O LA

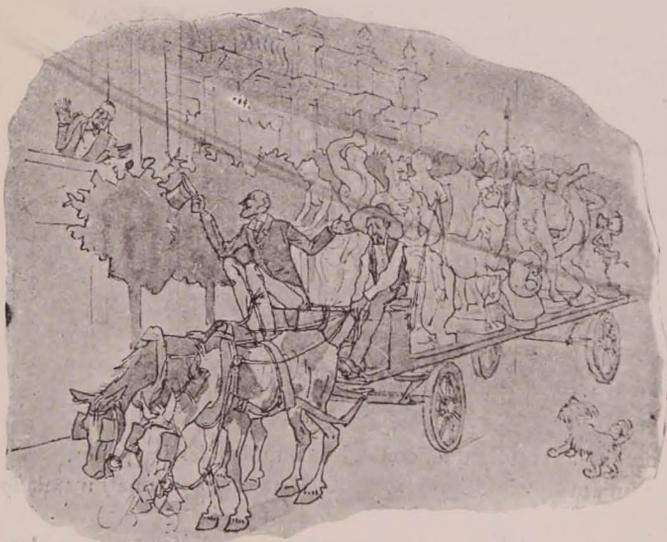
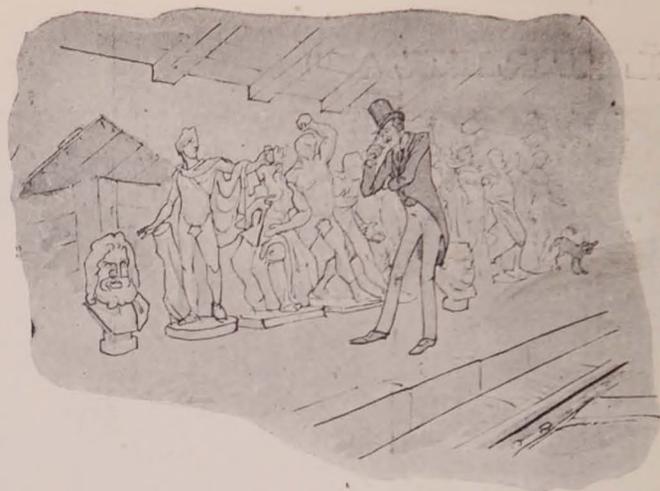
Ojisea de Alberto Mac-kenna

Monólogo de el mismo

I

—Por fin llegué. I ahora veo que tanta artística copia necesita su Museo, es decir, su casa propia.

—Niños, a la golondrina i a la Moneda veloces, a ver si me destina la casa para mis dioses.



II

—Casi cortando los pingos a la Moneda llegué i me dijeron:—¿A qué nos trae usted mones gringos?...

—En esas fachas de memos!... No sea, Alberto, cargante, devuelvalos; ya tenemos monitos de Talagante.



III

—Casi llorando, al Congreso me fui, pero ¡que si quieres! los diputados Gutiérrez! «es por no jal de trer eso.»

I a todo esto ya mi jente furiosa: Venus choreaba, Cupido se desgraciaba, i Neptuno amenazaba a todos con su tridente.





IV

EPÍLOGO

*Dichos dioses al final
de la odio-sea de Alberto
diéronle una tunda tal
que lo dejaron por muerto.*

*Si lo entierran en sagrado
que su epitafio mejor
sea así bien estampado:*

†

POR METERSE A REDENTOR

BECQUER

He asistido a una evocacion que se hizo en mi espíritu casi carne i alma, en una antigua posesion jesuítica.

Acabábamos de cruzar la única nave de la iglesia, para ver su atrio. Los viejos ladrillos agrietados, se erizaban de musgos, dentro de un parapeto en semicírculo. A veinte metros, una ranchería ruinosa, vivienda de antiguos esclavos, envejecia a la sombra de algarrobos seculares. Nos detuvimos al pié del templo.

Los techos de teja remedaban calados góticos de firme i burdo dibujo, en el aire sutilizado de la tarde.

Las ojivas con láminas de cera, cubiertas del polvo empedernido de los años; las torres unidas por anguloso puente descascarado; los esquilonos sin lengua, rotos i verdeantes, acrecian la soledad desamparada del paisaje. Desde el atrio se veia el valle, cerrado por sierras de violento perfil al oeste, i al este empenachadas de fraguas de oro, con humos, chispas i rayos, que se perdian en las sombras arboladas de las bases.

El espíritu angustiado por la tristeza llena de pensamientos, que exhalaba el templo meditabundo, queria fundirse como una nube en la sublime serenidad del ambiente!

Una acequia de diáfano raudal, con voz acariciadora corria serpeante, i como voz de la tarde evocaba el *Angelus* de los antiguos indijenas.

Nos deslizamos despues al cementerio que tenia uno de sus lados en la pared del templo.

Dos ánjeles de tosca madera presidian la vegetacion espontánea del recinto, i varias tumbas como cilindros truncos, asomaban a flor de tierra.

El aire parecia inmovilizado en el misterio del silencio, i la paz descendia del color del cielo, resbalando sobre los árboles, que asomaban por las tapias.

Las cruces herrumbrosas imploraban con la voz de la piedad a los hombres de fe i a los poetas con la voz del misterio.

Todas aquellas cosas pensativas, hablaban de un secreto no revelado, clamando por espíritu para vivir i ritmos para volar... ¿Quiénes eran aquellos que yacian allá en el polvo, sin un epitafio, sin un recuerdo de sus vidas, viviendo tan en la muerte?

Alcé los ojos al templo, i todo se armonizaba en una frase de tristeza misteriosa; las cruces, los ánjeles, las piedras, eran versos de la leyenda ignorada. I una imájen de alta frente, hecha para anidar fantasmas brillantes, de ojos meridionales poblados de ensueños, con la boca plegada en un jesto de amargura, i el pelo negro, i el rostro pálido, pasó delante de mí como diciendo:

—Yo tengo la palabra del conjuro.

¡Oh! visionario enfermo, desconocido cuando amabas i sufrías, glorioso cuando dormías a la sombra de la cruz, inmenso por los jérmenes del mundo que te llevaste. Por tí las hojas del otoño dicen un diálogo que llora; por tí los claros del bosque forjan fantásticas mujeres en las noches de luna; no hai hiedra que no te nombre, i no hai ruina que no te evoque a ti que supiste alegrarlas como un pájaro.

Así dije, i sentí placer al recordar esta estrofa:

¿Quién en fin al otro día,
cuando el sol vuelva a brillar,
de que pasé por el mundo
quién se acordará? ■

ANJEL ESTRADA (hijo)